

## EN EL DÍA DE DUARTE ANTE LA ESTATUA DEL PADRE DE LA PATRIA

Por Francisco Elpidio Beras

Señores:

Tengo encargo —para mí verdaderamente honrador— de dedicar esta florida ofrenda, a nombre de la Academia Dominicana de la Historia, en memoria del ilustre patricio Juan Pablo Duarte, en la oportunidad de esta reverente conmemoración de la fecha de su nacimiento.

Me es particularmente grato —lo confieso— que ello ocurra en el preciso momento en que una nueva corriente interpretativa de la historia dominicana, inspirada por encumbrados empeños, se ocupa amorosamente en tallar una imagen realista y vibrante del prócer eximio. Ya era tiempo, en efecto, de que el Duarte que todos, sin excepción, anhelamos en nuestras más profundas reconditeces, penetre, purgado de orquestales resonancias elegiacas, como un sol, en nuestro espíritu, y lo posea soberanamente.

Modelada por una escuela sentimentalista finisecular, cuya erosionada influencia aún perdura, se nos ha legado una estampa del patricio que ha alcanzado a ganarle extendida veneración. No descansa ella —saludable es confesarlo— preponderantemente en los puros valores personales que Duarte atesora, sino en un tangible trasfondo conmiserativo, avivado por influencias emocionales que doran el recuerdo del prócer primero con los lánguidos reflejos de una compungida idolatría; galardón éste que no corresponde a los héroes sino a quienes alcanzan la celebridad asidos a la palma del martirio.

Juan Pablo Duarte tuvo sus errores, sus debilidades y sus frustraciones; y aún sus lógicos resentimientos personales. Esto no escapa a los acostumbrados a profundizar, sistemáticamente, en la abundante literatura en que es dable al investigador



seguir su huella. Pero aún así se le debe amar, pues en estos trances críticos, a que solamente escapan las existencias aureoladas por el resplandor de la santidad, es siempre posible traslucir las esencias cardinales que aquilatan al hombre.

Obviamente es viciosa la tendencia a deshumanizarle hasta hacer de él, en hecho, una individualidad seráfica; como lo es, igualmente, acogerse al artificio literario de los contrastes, opacando otras luminarias del santoral patrio, con ánimo de avivar las fulguraciones de quien las posee sobranceras y cegadoras .

Justo es reconocer en oportunidad tan propicia como esta, que las erradas perspectivas con que se han calibrado las dimensiones del excelso prócer, son responsables de que esporádicamente se haya intentado despojarle de sus legítimas prioridades, para atribuir las a otras sienes, igualmente patricias, en el empeño inútil de privar al insigne paladín de quedar definitivamente anclado en las altas cimas en que le corresponde señorearse solitario y dominante.

Debe reconfortarnos, sin embargo, la seguridad de que la crítica histórica, alimentada únicamente con los datos de la razón y de la lógica, sus más encarecidas fuentes, habrá de consagrar en la plenitud de sus significaciones, la majestuosa figura de quien al pie de esta estatua hoy reverenciamos.

Creo de mi deber no finalizar mis palabras sin llevar antes, aún fugazmente, mi pensamiento hasta la ilustre mujer que llevó en sus entrañas al Padre de la Patria; lo acunó y modeló moral y espiritualmente y que igualmente compartió con él sus adversidades: Manuela Díez Jiménez, a quien por inexcrutable designio de la Providencia, le fue asignado para su aparición en la vida terrenal, solar inmediato al santuario de Nuestra Señora de la Altagracia, madre espiritual del pueblo dominicano. Que hasta la amantísima madre del Fundador, alcance el eco de esta conmemoración, y perfumen su lejana tumba en extranjera tierra, todas estas ofrendas, un ramillete de ellas; o tan solo una solitaria flor.

26 de enero de 1969.

